

Juárez, Plutarco y el arte de la biografía*

David Huerta

El arte del biógrafo es un cruce de caminos. Reportero de los hechos pasados, cronista de la fugacidad que posee la irremediable fijeza de lo consumado; historiador de la intimidad y novelista de lo real (hacedor de *non-fiction novels*), el biógrafo necesita un método de cuidadosas precisiones para la ejecución de su arte. Las persuasiones de la exactitud, empero, de nada le servirán si su tarea no es literariamente expresiva, si no es eficaz desde el punto de vista narrativo. El cruce de caminos biográfico implica, por ello, un doble problema de raíz aristotélica: lo bello debe ir junto con lo verdadero en las páginas de la biografía, no importa si ésta nos refiere —con apasionada resignación— la vida horrible de un mentiroso. Es decir: la vida contada por el biógrafo tiene que ser una buena novela; la novela biográfica, recíprocamente, ha de referir hechos ciertos; documentados, ni más ni menos. El margen dedicado a la conjetura tiene, por fuerza, que estar reducido a su mínima expresión; además, debe ser señalado explícitamente y circunscrito con claridad por el biógrafo. De otro modo, lo que sólo sea suposición puede pasar por una mentira deliberada, no piadosa siquiera.

Verdad, mentira: ¿no indican esas palabras, a fin de cuentas, nociones nebulosas y hasta fabulosas? En un libro admirable, el gran orientalista Bernard Lewis demostró la inagotable imaginación de los historiadores; el título de su pequeño y valiosísimo libro no puede ser más contundente: *La historia recordada, rescatada, inventada*; es un breviario del Fondo de Cultura Económica, de apenas 127 páginas. La verdad, entonces, puede ser inventada, como la historia. Esto leemos, sin embargo, en el noveno capítulo del *Quijote*: "... la verdad, cuya madre es la historia, émula del tiempo, depósito de las acciones, testigo de lo pasado, ejemplo y aviso de lo presente, advertencia de lo porvenir". La historia es madre de la verdad, según Cervantes; la cita es indirecta, por lo demás: la leemos de modo destacado en la biografía de un personaje imaginario —cuyo evangelista es Jorge Luis Borges—, el escritor francés Pierre Menard, que se ha propuesto escribir la obra de Cervantes tal cual. La historia no es, entonces, necesariamente lo que sucedió; sino nada más —nada menos— lo que juzgamos que sucedió.

La historia de una vida, tal como la recoge el arte de la biografía, nos dice tanto del biografiado cuanto del biógrafo, porque en el texto biográfico hay una atmósfera psicológica, una coloración subjetiva y, desde luego, determinaciones históricas, culturales y políticas. Si un personaje es lo bastante importante, cada época puede dar un testi-

* Texto leído el 14 de abril de 1988 en el Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora, en la mesa redonda con el tema "Hacia una nueva biografía de Juárez".

monio biográfico sobre él. Tal es el caso de Benito Juárez: tenemos, por ejemplo, la biografía de Francisco Bulnes (*El verdadero Juárez*, de 1904), fechada en plena época de Porfirio Díaz; está la de Héctor Pérez Martínez (*Juárez, el impasible*), del año de 1934, en plena primera mitad del siglo xx; está un ensayo biográfico de José Fuentes Mares, más cercano a nosotros. Cada una de esas semblanzas dice tanto de Juárez cuanto de quienes las redactaron y de las épocas que las vieron aparecer; ello es inevitable, ni qué decir tiene, pero no siempre lo tomamos en cuenta, aunque se desprenda de un hecho palmario: la historicidad misma de los textos históricos y biográficos.

En verdad hay decenas de biografías de Benito Juárez y un intento de abarcarlas todas se extinguiría en el hartazgo o en el aburrimiento, consecuencia directa de aquél; esas biografías cubren un ancho registro emocional, afectivo e intelectual, y desde luego histórico: desde las condenatorias hasta las incensarias. No han hecho otra cosa que moverle el sombrero al Benemérito, como dice el dicho que le hace el viento a don Benito; habrá que volver sobre este punto, a propósito del pintor juchiteco Francisco Toledo. La gran cantidad de biografías de Juárez no iguala ni remotamente la calidad que se necesita. Proponer o enunciar la necesidad de encaminarse hacia una nueva biografía de Juárez significa, entiendo, hacer una biografía de ahora, de nuestro fin de siglo y de milenio; actualizar y poner en tiempo nuestra visión y nuestras investigaciones alrededor del héroe. Y hacerlo significa incorporar en esa visión y en esas investigaciones un talante crítico, una energía literaria inédita, un estilo de aproximación que de veras sirva para entender el siglo xix mexicano.

El registro de las biografías de Juárez tiene una franja especialmente interesante: la de las biografías escolares, en los libros de texto, que no tienen más que la pretensión —pero tampoco menos— de imprimir un perfil mitológico, legendario, del héroe cívico, del patrio y mártir de la legalidad nacional, del adalid de una república quintaesenciada e inmutable, del incorruptible y veraz patriota que enfrentó al mundo y a sus poderes para salvar la integridad de México. Juárez es un arquetipo en los textos escolares, una esencia, un paradigma; es una figura intangible, sagrada, más allá del bien y del mal, de la crítica y del vituperio. Hay que decir, con todo, que los insultos no le han faltado: recuérdese aquellas manifestaciones sinarquistas de los años treinta ante el hemicycle de la avenida que lleva su nombre, en el que las multitudes (que ahora hay que guardarse de llamar “fanáticas”, porque se enojan) exclamaban, luego de encapucharlo: “¡No queremos verlo ni que nos vea!” Son los mismos antijuaristas que, sin inmutarse, le dicen comunista a Juan Pablo II. En verdad es admirable el espectáculo de esta intemporalidad en las creencias, pero habría que pensar si no es atributo inescapable de las mismas creencias: su resistencia al tiempo, su inmutabilidad, su terca permanencia. Ramón López Velarde lo dice en el elogio en verso a la capital de su estado y sus habitantes, a los que describe y divide de esta manera:

Católicos de Pedro el Ermitaño
y jacobinos de época terciaria.
(Y se odian los unos a los otros
con buena fe.)

La historicidad de las biografías no debe llevarnos a concluir que en términos de género la historia y la biografía se confunden. Para

ello, nada mejor que recordar las recientes discusiones en torno a la obra de Enrique Krauze titulada *Biografía del poder*. Krauze es historiador y como tal fue comentado su trabajo; pero quienes lo criticaron en ese sentido no se ocuparon de leer las tres palabras del título general de su obra, que señalaban nítidamente el género en el que se inscribía, es decir, el género biográfico. Krauze fue atacado en más de una ocasión por hacer mala historia, cuando lo que en realidad hacía eran biografías; que como tales fueran buenas o malas es otro asunto. No se puede condenar a un dramaturgo que escribe una pieza teatral porque ha fallado como novelista; el problema reside en la confusión y el entrecruzamiento arbitrario de los géneros. Krauze contestó por interpósita persona a esos ataques; esa persona fue nada menos que el más grande biógrafo de la antigüedad grecolatina, admirado vastamente por Benito Juárez y muchos liberales, así como por muchos de los hombres destacados del siglo XIX. (Plutarco Elías Calles fue bautizado así porque su padre, evidentemente, había leído las páginas del biógrafo y moralista de Queronea.) El historiador y biógrafo Krauze citó, pues, el principio de las *Vidas paralelas* que explica y aclara lo siguiente:

Mi tema es la vida de Alejandro, el rey, y de Julio César, el vencedor de Pompeyo. Las trayectorias de estos hombres abarcan tal multitud de hechos, que limitaré este prólogo a una súplica: si no doy cuenta exhaustiva de todas sus hazañas y sólo me limito a resumirlas pido a mis lectores su indulgencia. Escribo biografía, no historia. Las proezas más brillantes suelen callar sobre las verdaderas virtudes o vicios de las personas que las desplegaron. Una frase casual, en cambio, o un chiste, pueden revelar el carácter de un hombre más que una batalla sangrienta, el comando de grandes ejércitos o el cerco de ciudades. Cuando un pintor retratista se dispone a recrear su objeto, se concentra en la cara y la expresión de los ojos y atiende menos a las otras partes del cuerpo. Del mismo modo, mi propósito ha sido resaltar las acciones que iluminan los empeños del alma y crear así un retrato de la vida de cada hombre. Dejo a otros la historia de sus grandes batallas y logros.

Al leer y releer este pasaje de Plutarco, lo dicho sobre el arte del retratista empecé a tomar para mí cada vez más importancia y quise investigar por qué. Sencillamente, concluí, luego de cavilar: porque lo que ha hecho el pintor juchiteco Francisco Toledo en su serie de cuadros “Lo que el viento a Juárez” ha sido retratar a éste, utilizando el icono que está en tantos libros y en estampitas para trabajos escolares. Este uso obsesivo de la imagen de Juárez —de su rostro, de ahí el peso retratista del trabajo de Toledo— sí consiguió hacer algo más que moverle el sombrero a don Benito: consiguió empezar a desacralizarlo. Esto nada tiene que ver con los agravios que los juchitecos recuerdan: el incendio de Juchitán por órdenes del gobernador Juárez.

De la pintura nos viene, pues, una iluminación insólita de nuestro tema. Otra nos viene del arte de la novela, y de una de las obras más llamativas de este tiempo mexicano: *Noticias del Imperio*, de Fernando del Paso. Hay dos pasajes en que se juntan los nombres de Juárez y de Plutarco. En el primero de ellos, el presidente Juárez declara que el respeto y el amor a la vida le fue transmitido y fortalecido por la lectura de Plutarco; en el segundo pasaje, el político francés Emile Ollivier declara en París que Benito Juárez es un hombre digno de la

pluma de Plutarco. Es decir, que la vida de Juárez no desmerece frente a la existencia, llena de hazañas, de los griegos y los romanos de la antigüedad. Juárez habla; Émile Ollivier habla; pero, sobre todo, Fernando del Paso escribe, y en su escritura esas voces se transparentan y aclaran, dándonos una de las mejores lecciones de los últimos tiempos: cómo lograr que los géneros histórico y novelístico se entrecrucen productivamente, creativamente, con brillantez y soltura.

Más allá de los géneros, creo que mencionar, sólo mencionar, el tema de una biografía nueva de Benito Juárez es convocar a los escritores, los biógrafos, los historiadores, los novelistas, los dramaturgos y los poetas para que la escriban. ¿Cuál es la versión que nuestro tiempo tiene de Juárez? Una es la desacralizadora, vitriólica, irreverente y fresca visión juchiteca de Francisco Toledo. Otra es la novelasca de Fernando del Paso, que por razones de lo imperioso de su tema no se ocupó de Juárez con toda amplitud; pero, por lo menos, nos dejó escenas deliciosas de una "vida imaginaria" de don Benito, como el diálogo con su secretario, en el que Juárez interroga a éste sobre el sedicente emperador Maximiliano. En su libro, Fernando del Paso tuvo a varios maestros: biógrafos como Plutarco; historiadores de toda laya e intenciones; novelistas, desde Joyce hasta Carlos Fuentes. Su obra no acaba todavía de destilar todas sus riquezas, de entregarnos todos sus frutos. Los dos pasajes sobre Juárez, Plutarco y el arte apasionante de la biografía que hemos espigado de *Noticias del Imperio* pueden servir, acaso, para discutir con verdadera libertad los hasta ahora sacrosantos temas patrióticos.